

acuden en tropel á mi mente, me llevarían á preferir, si empezase ahora mi vida, y no estuviese ya cerca de su término, el apacible cultivo de las ciencias ó de las letras, á la agitación y á la zozobra de la vida política. Y aunque muchos hombres se dejasen llevar por esta inclinación mía, no sería de temer que la plétora de hombres de Estado que hoy padecemos se convirtiese en plétora de sabios, de prosistas y de poetas, ni sería de temer tampoco que una desmesurada producción literaria inundase el mercado. Por el contrario, más atento y más aficionado el público cada día á la literatura, y más acendrado su gusto, leería y compraría los buenos libros, de suerte que el escritor no tendría necesidad de escribir á destajo para conseguir una razonable ganancia, sino que escribiría mejor y menos. Y el que no consiguiese agradar al público, imitando el ejemplo de los que dejando la profesión política, hubiesen tomado la profesión literaria, ahorcarían los hábitos ó la toga de doctores y se harían labriegos, industriales ó mercaderes. Yo de mí sé decir que, pensando y cavilando á menudo sobre esto me doy á imaginar que tal vez para mí, para mi familia y para la generalidad de mis conciudadanos, hubiera sido mejor que yo hubiese cultivado, en mi lugar los campos paternos, *ut prisca gens mortalium*, trayendo al acervo común de la riqueza nacional, no unas cuantas obri-

llas de mero entretenimiento que á pocos divierten y que de seguro no enseñan nada, sino aceite claro, vino generoso, exquisitas frutas y tal vez seda excelente criada en mi propia casa, merced á las frondosas moreras de mi huerto.

De cuanto va dicho, no quiero yo que se deduzca que debemos ser descontentadizos y difíciles para los que escriben. Por mucha indulgencia que necesite yo y pida para mí, mayor es la que estoy dispuesto á conceder á los demás escritores. Mil veces lo he sostenido. El escribir, aunque se haga mal y aunque se considere como vicio, es el más inocente y el menos costoso de todos. La impericia del militar ó del político puede causar muertes, estragos, y hasta caída de repúblicas y de reinos. Un arquitecto inhábil gasta acaso millones y construye edificios que afean las ciudades y que hasta se hunden. Pero el escritor, como no falte á la moral y á la decencia, y aunque escriba á despecho de los númenes y de las musas, y aunque nada gane escribiendo, puede á muy poca costa satisfacer su pasión y hartarse de escribir. Con tres pesetas tiene para mil cuartillas, y no las emborronará en un mes por mucho que emborrone.

No entiendo yo tampoco que, para ser escritor, sea indispensable proponerse componer sólo obras atildadísimas y perfectas, que á más de agradar al público del día lleven la marca y el sello de la in-

mortalidad, y nos sobrevivan y conserven en las edades venideras el nativo encanto y la inmarcesible y fresca lozanía que se supuso benévolamente que al nacer tuvieron. Basta, en mi sentir, para que un escritor quede justificado y para que sea encomiado, el que sus libros proporcionen durante algún tiempo, aunque sea breve, recreo apacible á una parte del público contemporáneo suyo.

De dos maneras principales puede entenderse la labor literaria. No todos nos atrevemos á decir como el lírico latino: *non omnis moriar, nomenque erit indelebile nostrum, exegi monumentum aere perennius*. Para erigir monumento tan persistente, á más de poseer soberanas facultades, tal vez se requiere detenido esmero, á fin de pulir, corregir y perfeccionar la obra que á la inmortalidad se destina.

Con más modesto propósito podemos dedicarnos algunos á ser escritores, con el propósito de dar abasto á la curiosidad de los que leen y de traer á sus ánimos grata diversión ó esparcimiento inocente, aunque nadie logre con dicha lectura mejorarse ó ilustrarse. Y no es de presumir que porque se escriban de prisa esta clase de libros y porque no tenga quien los escriba la pretensión de que sean inmortales, no lleguen á veces á serlo. No siempre depende el valer y la persistencia de una obra de arte del largo tiempo y del asiduo trabajo que en escribirla se emplean. Si vale traer á

cuento lo poco importante, yo de mí sé decir que lo que menos ha disgustado al público de cuanto he escrito, es lo que al escribirlo me costó menos tiempo y menos trabajo. Y pasando de lo obscuro á lo luminoso, y de lo pequeño á lo grande, lícito es afirmar que el *Quijote* brotó de la pluma de Miguel de Cervantes con mayor brevedad y con mucho menos esfuerzo que la *Galatea* ó el *Persiles*.

Las novelas y los cuentos son el género de literatura menos sujeto á reglas, con menos pretensiones también y con más capacidad para tomar por asunto ó aceptar como adorno, así los sucesos memorables de la historia, como los casos y lances de la vida privada: todo el caudal de observación acumulado por quien escribe, y cuanto éste averigua y aprende en lo escrito por otros. Como quien compone cuentos ó novelas, rara vez presume demasiado, la crítica debe ser más indulgente con él que con otros autores. Un poeta épico ó lírico, por ejemplo, tiene ó ha de tener, aspiraciones más elevadas, y la censura que en sus obras se ejerza, ha de ser más severa. La poesía, en su más alto sentido, es como la santidad, la heroicidad ó la virtud sublime. No hay premio humano con que se pague. De aquí que repugne considerar la poesía como profesión ú oficio, ó como medio de lucro. No hay poetas de profesión, como no hay de profesión héroes, santos ni virtuosos.

El novelista ó el autor de cuentos sin duda que es poeta también. Yo no sé en qué predicamento he de ponerle, si en el de los poetas no le pongo. Pero como es poeta modestísimo, llano y vulgar, cuyo principal propósito es divertir ó interesar agradablemente á sus contemporáneos con narraciones fingidas, claro espejo de la realidad pasada ó presente, aunque yo considero absurda y disparatada la profesión de poeta por todo lo alto, todavía hallo lícita y aun provechosa y grata para el público y para quien la ejerce, la profesión del novelista ó del autor de cuentos, salvo que es muy raro el buen éxito en tal profesión, si no está dotado quien la ejerce de laboriosidad fecundísima y dichosa, y si no cunde mucho el gusto por la lectura.

Como quiera que ello sea, y aunque en la novela y en el cuento tenga mayor imperio la moda que en otros géneros literarios, por donde la popularidad del cuento y de la novela debiera ser más efímera, todavía, si pudiésemos prescindir del rico y espléndido teatro español, las más preciadas joyas de nuestra literatura serían novelas y cuentos.

Sin soberbia jactancia, y aunque no pongamos en la cuenta al *Ingenioso Hidalgo*, por incomparable y único, bien podemos afirmar que España, en las edades pasadas, si no ha creado nuevos y di-

versos géneros de novelas, ha producido los mejores modelos de muchos de esos géneros que han sido después celebrados, traducidos ó imitados en otras naciones y lenguas. Así *El Amadís*, como novela fantástica y caballeresca; *El abencerraje*, como novela histórica; *Las guerras civiles de Granada*, como novela tradicional y legendaria; *La Diana*, como novela pastoral; *El lazarrillo de Tormes*, como novela picaresca y naturalista, y *La Celestina*, si vale contarla por novela, como primoroso dechado en dicho género, y germen fecundo de inspiración cómica y trágica.

Nuestro teatro, en no interrumpida serie de obras de mérito, ha persistido siempre, sin solución de continuidad, desde sus orígenes hasta el día. Nunca decayó ni se obscureció por completo. No ha tenido igual suerte la novela. El Genio que la inspira, el Genio que concedió sus prendas y favores más singulares á Miguel de Cervantes, se diría que casi nos abandonó durante un siglo y se fué á colmar de regalos á los autores de otros países y sobre todo á los de Francia é Inglaterra.

Este Genio, por dicha, me lisonjeo yo de que ha vuelto á visitarnos con amor, á consolarnos y cautivarnos con su trato, y á obsequiar con ricas preseas á algunos compatriotas nuestros, que toma por ahijados y por amigos.

Entre ellos y no de los que gozan de menor intimidad y valimiento con dicho Genio, debemos contar á la persona cuya recepción en esta Real Academia celebramos hoy.

Muy de estimar es el mérito de D. Jacinto Octavio Picón como crítico de teatros y como investigador, historiador y crítico de las artes de dibujo. Su historia de la caricatura y su libro sobre Velázquez, dan brillante testimonio de ello; pero su mérito principal, en mi sentir, es el que tiene como autor de novelas y de cuentos.

La interrupción del cultivo de la novela ó si se quiere la poca fertilidad que este género ha tenido en España por no corto tiempo, junto todo á la abundancia y al valer de los modernos novelistas franceses é ingleses, dan como resultado inevitable, sin mengua de los novelistas españoles, el que se note en todos ellos, hasta en los más castizos, el influjo extranjero. Por más que se procure reanudar ó enlazar la inspiración del día con la antigua y genuina inspiración, siempre para llegar hasta ella, tenemos que pasar por cima de lo que en este género se ha escrito en Francia, en Inglaterra y en otras naciones, lo cual no puede menos de contar en el desenvolvimiento progresivo de un arte ó en sus evoluciones y mudanzas, inevitables aunque el progreso se niegue.

Inevitable es, pues, en la moderna novela espa-

ñola, algo que recuerda cuando lo leemos, ya á Gualtero Scott, ya á Alejandro Dumas, ya á Eugenio Sue, ya á Balzac, ya á Zola y á otros escritores novísimos. Una perfecta originalidad en todo, ora individual, ora nacional, es punto menos que irrealizable. Quien va por un camino por donde han pasado antes muchos otros viajeros, emplea, ó por mayor comodidad ó forzosamente, iguales medios de locomoción é idénticas artes para allanar tropiezos y evitar peligros, y para ganarse la voluntad y lisonjear el gusto de las personas que halla á su paso. En suma, y desechando rodeos y símiles, es evidente que, hasta en la más castiza de las novelas españolas del día, se ve y no puede menos de verse el precedente extranjero: pero esto no es defecto ni mengua, sino condición inevitable. No hay nación alguna cuyo florecimiento literario no se deba en parte á semillas extrañas ó á lo ingerto y transplantado de distinta región ó de distinto clima. La habilidad consistió en transformar lo exótico, en asimilarlo con nuestra propia substancia y en fundirlo y combinarlo tan estrechamente con lo que es todo nuestro, que salga de la combinación un producto nuevo del todo.

Sólo en este sentido son *afrancesadas* las novelas de Picón; pero ¿de cuál otra de nuestras modernas novelas no puede afirmarse lo mismo? En este sentido, *afrancesadas* son, pongamos por caso,

las excelentes comedias de Moratín, y si no *afrancesada* muy *italianizada* es nuestra mejor poesía lírica del siglo XVI y del brillantísimo período que empieza á mediados del siglo XVIII y termina con el primer tercio del siglo presente, si en cierto modo no dura todavía el influjo italiano, merced á Foscolo, á Manzoni y á Leopardi.

Lo que más importa, para ser original, es que los caracteres, las pasiones, los afectos, los usos y las costumbres y los lances y sucesos de la vida, no se estudien por libros escritos en otros países, sino que inmediata y directamente se estudien en la naturaleza, en la tierra y en el mismo seno de la sociedad en que vivimos, revistiendo luego el acumulado tesoro de la observación propia, al ordenarle para que el público se deleite y le admire, con los colores y galas de nuestra fantasía y con la marca singular y privativa de nuestro estilo.

Así no vacilo yo en calificar de original toda la obra de nuestro nuevo compañero. La sinceridad y la espontánea franqueza con que escribe, hacen que dicha originalidad aparezca sin velo. En libros de la índole de los que él compone, no gusto yo de que haya tesis, de que se propenda á demostrar algo; pero es tal la libertad y la amplitud de tales libros, que caben y penetran en ellos al correr de la pluma, las opiniones, las dudas, la amistad y el aborrecimiento, y en una palabra, toda la creencia

y toda la ciencia poca ó mucha del que dice lo que siente y piensa, sin disimulo ni sigilo.

Bien podemos no estar de acuerdo con los sentimientos y con las ideas de quien escribe de dicha suerte, pero á quien ama el arte por el arte, siempre le serán simpáticos tan franco modo de escribir y quien le emplea en lo que escribe, poniendo en ello toda su alma.

Sobre cualidad tan estimable ¿quién negará el talento y las nada comunes condiciones de novelista que en las obras de Picón se descubren? Su estilo sencillo, sin carecer de elegancia, corre afluente y rico, sin la menor sospecha de violencia ó fatiga.

Sus descripciones, acaso pequen de harto minuciosas. No hay traje, ni mueble, ni joya, ni objeto de arte, ni producto de la naturaleza ó de la industria que él no nos pinte con accidentes y por menores; pero tal es la moda del día. Además de la moda, la inclinación de nuestro autor le induce á ello. Y por cierto la inclinación es fundadísima, porque en dichas descripciones nuestro autor se luce. A mí, si bien no gusto de ellas demasiado, me maravillan la exactitud, la claridad y la distinción con que él lo ve y lo copia todo de lo real y lo conoce y lo designa con los nombres adecuados y marcando los atributos, defectos ó perfecciones de cada cosa.

No menos perspicaz que para observar lo exte-

rior es nuestro novelista, cuando retrata lo íntimo de las almas, penetra en el centro de ellas y analiza los afectos y las ideas que las mueven.

En la antigüedad clásica, la descripción, así de lo psicológico y latente, como de lo visible y tangible, entraba por poco en la narración de los sucesos fingidos, donde todo era acción ó por lo menos palabra de los héroes, y en la palabra ó en la acción iban generalmente incluidas las descripciones. No describe Homero el escudo de Aquiles, sino que á nuestra vista enciende las fraguas, derrite el oro, el bronce y los demás metales, pone el martillo en la diestra y las tenazas en la mano izquierda del dios y hace que fabrique el escudo y que al compás que le va fabricando le vayamos viendo. Pero en fin, las cosas son hoy de otra manera, y para mi gusto hoy son también agradables y atinadas. Y aunque no lo fuesen, siempre tendríamos que conformarnos y no censurar, ya que el arte refinado de hoy no puede ser como el arte primitivo ó de épocas remotas.

En los caracteres de las novelas de Picón hay á menudo mucha verdad. Aunque propende á ser *realista*, ya que no *naturalista*, Picón se levanta á veces, arrebatado por el entusiasmo poético, y hermosea y magnifica con rasgos y proporciones ideales á los seres humanos que de la misma realidad cree haber copiado fielmente.

En lo mejor de su vida aún, Picón, al venir en-

tre nosotros, trae consigo muy abundante y sazonado fruto de su fértil ingenio. Testimonio de su mucha inventiva y de la discreción con que forja y ordena asuntos y planes, dan *Lázaro*, *Juan Vulgar*, *La hijastra del amor*, *La honrada*, *El enemigo*, *Dulce y sabrosa* y multitud de novelas cortas y de cuentos amenos.

Entre cuantos personajes figuran en tan diversos cuadros y acciones, ninguno, á mi ver, está retratado con más verdad, descollando al mismo tiempo por su grandeza, que el que no pocas personas apasionadas miran con horror como caricatura ó calumniosa imagen. Picón es por cierto vehemente parcial del liberalismo moderno y acérrimo contrario de la teocracia. No debemos exigirle que reniegue de sus opiniones y que no sea quien es, sino otro. Y siendo él quien es, y siéndolo con entusiasmo, no ha de aplaudir doctrinas opuestas en todo á las que él sigue y ama. A éstas casi sin querer las impugna. Tal vez las denigra más de lo justo. Pero el personaje que tiene profunda fe en ellas, que con desinterés y devoción se pone á su servicio y que está dispuesto á arrostrar todo el peligro y á sacrificarse por su triunfo, sin que la vanidad, la ambición y la codicia le estimulen, aunque sea tremendo, funestísimo y rudo personaje, posee como Picón le concibe y le pinta, nobleza, elevación moral y dignidad trágica y sublime. Así es el

clérigo D. Tirso, protagonista de la novela *El enemigo*. ¿Qué más hubiera podido desear el Pretendiente que tener en sus filas á muchos clérigos tan valerosos, tan entusiastas y tan desinteresados y austeros como el que Picón nos retrata? No hay en la misma novela, ni en las demás del autor, más importante y mejor trazada figura de hombre. El seductor de *Dulce y sabrosa* es un ser insignificante á pesar de su perversidad, harto común por desgracia. Más perverso aún es el mal marido de *La honrada*. Pero las dos figuras de hombres más vivas, más reales y mejor trazadas en todas las obras de Picón, después de la del clérigo D. Tirso, son Juan Vulgar y D. Manuel en la novelita titulada *El peor consejero*. El egoísmo, la vanidad y la presunción de D. Manuel están descritos magistralmente en el progreso de la acción que termina con el merecido castigo del vanidoso y egoísta. Y Juan Vulgar, egoísta y presumido también, aunque más candoroso é inocente, da ocasión á lances y recibe desengaños, fina y delicadamente cómicos, sin charrerías ni bufonadas.

En general, puede afirmarse que Picón, en los retratos de hombres, es, como Velázquez, poco idealista y muy realista. Diríase que todo su idealismo le emplea en sus retratos de mujeres. Picón es tan *ginaeceptaenos* como Juan de Espinosa y como todos los que antes y después han disertado

en laude de las mujeres. Sin duda, para ser buen novelista, así como para ser poeta y caballero andante, es indispensable condición la de enamorado, ya de actualidad, ya de recuerdo, ya platónico y continente, ya de otra clase. Ello es que el amor, ó dígase la unión afectuosa de la mujer y del hombre, es el principal y perpetuo asunto de toda narración deleitable; es fuente que jamás se agota y de donde cada cual saca algo diverso en sabor, colorido y perfume, según la amplitud y la forma del vaso en que recoge la bebida inspiradora.

Picón se complace y esmera en la pintura de sus mujeres; atenúa ó disculpa sus faltas; y cuando no absuelve, explica sus extravíos ó los declara punto menos que ineludibles, echando la culpa de ellos á los hombres. La constancia y la paciencia de Cristeta son ejemplares, pasmosas y dignas de mejor empleo que el que les da ella para atraer á su D. Juan ordinario y desalmado. Plácida, es mártir de su brutal marido y sigue siendo casi santa hasta que sucumbe y peca por razones y motivos que la indultan, si no la absuelven. Clara, la hijastra del amor, es tan apasionada, es tan inocente, es tan tierna, y la suerte es tan injusta y tan sin piedad en su daño, que se hace simpática hasta para el lector más severo, y todo se lo perdona menos la inverosímil distracción y la inexplicable ceguedad con que no advierte los burdos engaños de su misera-

ble galan. La mujer de Juan Vulgar es un modelo de perfectas casadas. Para conservar y acrecentar el amor de su marido, llega al extremo de leer la tragedia que él estaba componiendo, ó más bien de empezar á leerla, ya que fatigada por aquella faena se duerme sin poder remediarlo.

En suma, y sin entrar en un detenido examen que fatigaría á mi ilustrado y benévolo auditorio, yo me atrevo á sostener que las novelas y cuentos de Picón, sin ofender á Dios ni perjudicar al prójimo, deleitan ó interesan con su lectura y son y deben ser grato pasatiempo y solaz para todo sujeto culto. Los hay que á las novelas prefieren los cuentos, ingeniosos y ligeros todos, desenfadados y alegres algunos de ellos, aunque siempre velada su desenvoltura en las pleguerías del más recatado aticismo. Lo que es yo, reparto por igual el lauro entre cuentos y novelas, sin acertar á decidir dónde brillan más la inventiva del autor y el primor y la facilidad de su estilo. Por tales dotes aplicadas á producir la amenidad y la belleza, sin que se rebajen ó deslustren por ponerse al servicio de doctrinas que con razón pueda condenar nadie, el escritor que va á tomar ahora asiento entre nosotros, tendrá á mi ver muy distinguido lugar en la historia literaria de España durante el siglo xix. Y como el Sr. Picón es joven todavía y el vigor y la actividad de su espíritu ganan y se perfeccionan por

la madurez y la experiencia que traen los años, de suponer es y aun de esperar razonablemente, que sus nuevas obras figuren aún con mayor brillantez entre las del siglo que va á empezar pronto, y en el cual, aleccionada España por los infortunios que su interna agitación le ha causado, aunará sin duda sus energías en paz y en afinado concierto, saldrá de su postración y volverá á florecer y á resplandecer en todo como en su edad más gloriosa.